

Reflexiones a distancia

El trabajo de un comisario de exposiciones

María del Consuelo Maquívar*

l Era el mediodía del 8 de diciembre de 1992. Había viajado a la ciudad de Roma en el mismo avión comercial que trasladaba varias obras no sólo de nuestro instituto, sino además de otros museos que accedieron a prestar piezas para una magna exposición que se montaría en el Vaticano. En el aeropuerto Leonardo da Vinci me recibió el encargado del traslado de la colección a la sede, que de inmediato me anunció que, como era día feriado —el 8 de diciembre se festeja a la Purísima Concepción de la Virgen María—, todo estaba y permanecería cerrado, que nadie trabajaba y que, por lo tanto, las piezas quedarían bajo resguardo de la aduana. Enseñándome el cheque de mis viáticos me comunicó que esperaba que llevara dinero para comer ese día, porque tampoco los bancos estaban en servicio. "¡Vaya —me dije—, qué bueno que me aconsejaron en la Coordinación de Museos traer algo de liras en efectivo! ¡Por lo menos podré comer algo!" Mi anfitrión italiano terminó diciéndome que me llevarían al hotel y que a la mañana siguiente empezaríamos a trabajar.

El 9 de diciembre, después de aguardar unas cuantas horas para cumplir con los trámites aduanales, salimos con las obras rumbo a la Basílica de San Pedro, eso sí, escoltados por una elegante patrulla de *carabinieri*. Ya en nuestro destino, llegó el momento de revisar la colección bajo mi custodia... y empezaron las sorpresas.

Era interesante ver de qué manera desempacaban las piezas, siempre bajo el ojo vigilante de un restaurador-conservador del Vaticano que tomaba nota exacta del estado de conservación de cada una de ellas. Por fortuna, todo estuvo bien respecto a la colección del INAH pero, al liberar una pintura prestada por cierto museo mexicano, la curadora de la exposición casi se desmaya porque no se le había informado que la obra contaba con un bello marco barroco de casi cuarenta centímetros de ancho. La mujer, mientras me hablaba muy rápido en italiano, me condujo al sitio que ya tenía preparado para su exhibición. Desde luego, la mampara era más angosta y no era la adecuada para el lien-



Lugar acondicionado para desempacar las obras **Fotografías mcm**

zo guadalupano, que, además, presidiría la inauguración, programada para el 12 de diciembre: ¡el papa Juan Pablo II en persona la presidiría y desde ese lugar ofrecería su discurso! Muy molesta se dirigió a mí, como si tuviera que ver con el problema, así que correctamente le pedí que me hablara más despacio y con firmeza le hice ver que yo pertenecía a otra institución, razón por la cual desconocía quién había enviado los datos del cuadro. No tuvo más remedio que pedirme disculpas; entonces le dije que la comprendía, porque tendría que acondicionar rápidamente la susodicha mampara —pensé que incluso en Italia sucedían situaciones parecidas a las nuestras—. Por supuesto, hubo tiempo para fabricar otro elemento museográfico.

A la postre, el papa no asistió, pero sí el cardenal Angelo Sodano, secretario de Estado del Vaticano, que, en efecto, se situó bajo la Virgen de Guadalupe para declarar inaugurada la muestra.

Pero hubo otra anécdota: el mismo día en que se desembalaron las colecciones, al abrir la caja enviada desde otro país hispanoamericano apareció una escultura por completo lastimada de los brazos, rota a tal grado que no se pudo exhibir. ¿Qué había motivado tanto daño en la pieza? Parecía que quienes realizaron el embalaje desconocían

las más elementales reglas de conservación y traslado de una figura en madera. Como justo en ese momento no se encontraba el conservador que revisaba las obras, la curadora nuevamente se dirigió a mí para pedirme de favor que sacara fotografías que testimoniaran el estado en que había llegado la escultura para levantar el acta correspondiente, ya que tampoco estaba presente el comisario responsable de aquel país.

Cuatro años después, en 1996, con motivo de los Juegos Olímpicos, me tocó llevar a la ciudad de Atlanta, al High Museum of Art, una crucifixión de Cristo en madera para la exposición temporal intitulada *Rings: Five Passions in World Art*. El curador era John Carter Brown, director emérito de la National Gallery of Art, en Washington.

La obra en cuestión es única en su género. Se trata de una escultura del siglo XVII, tallada y policromada; sin duda una clara expresión de la destreza del artista novohispano, ya que, entre otras cosas, supo aprovechar la curvatura del madero para sacar la cruz y el cuerpo de Jesús de una sola pieza. Exhibir esta maravilla en el Museo Nacional del Virreinato requirió, desde que éste se inauguró en 1964, diseñar una base muy especial, debido a que por su forma tan peculiar no pudo colgarse en un muro. Conociendo las particularidades de la talla, quise trasladarla hasta Atlanta con todo y

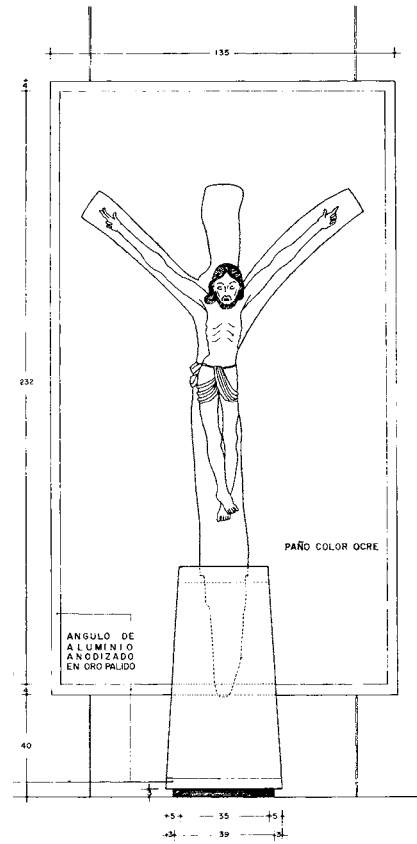
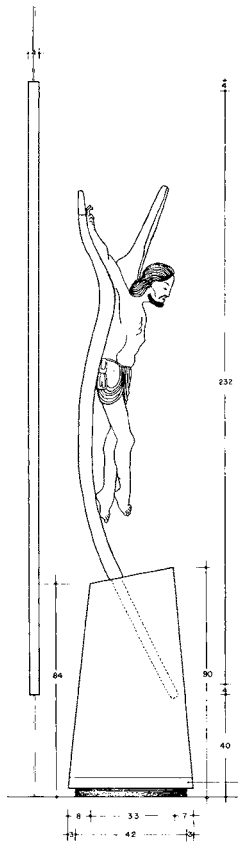


Escultura de Cristo dañada de los brazos

pedestal, pero en México se me dijo que en el museo ya habían tomado en cuenta sus características y que sería motivo de burla si llegaba con la base.

No sé quién se sorprendió más, si el propio Carter Brown o yo, cuando le expliqué que el Cristo no se podía colgar ya que, por su forma especial, se debía exhibir exento. Él comentó que ignoraba esta característica y acto seguido me mostró el muro destinado para su exhibición. Nuevamente con toda corrección y firmeza le dije que no regresaría a México sin antes ver el elemento que se requería para exponer la crucifixión. Carter me pidió que se lo dibu-





Cristo del siglo XVII tallado con todo y su cruz en un solo trozo de madera. Lo curvado del árbol que proporcionó la materia prima exigió un pedestal en forma de tronco de pirámide irregular
Referencia y alzado Tomados de Miguel Celorio Blasco, "Museografía", en *Colegios de Tepozotlán. Restauraciones y museología*, INAH, México, 1964, pág. 41, plano 20

jara y explicara, y me prometió que esa misma tarde vería algo muy cercano al pedestal. Así fue como, después de unas cuantas horas, me presentaron la maqueta con las medidas adecuadas y las características que sobre papel tuve que señalar. Todo pudo haberse evitado si con antelación se hubiese preguntado al High Museum of Art si deseaba acoger la pieza y, por lo demás, su base, dados sus requerimientos tan especiales.

II

Dentro de la riqueza de experiencias que ofrece el trabajo museístico, se encuentra la de ser comisario de una exposición temporal —aun años ramos estar en su lugar cuando sabemos que algún compañero ha sido elegido para desempeñar el cargo—. Ciertas razones por las que se antoja ser comisario generalmente van unidas al hecho de que la labor implica salir de viaje, incluso al extranjero, lo que hace más apetecible cumplir con tan encomiable empresa.

Si escuchamos: "Se va de comisario a España con piezas que solicitó el Museo de América" —ejemplo ficticio y posible a la vez—, de inmediato nos puede llegar a la cabeza: "Qué magnífica oportunidad para conocer Madrid, ir al fútbol, a los toros; qué suerte irse de compras y recorrer La Gran Vía, los museos..." Aunque parezca extraño, el que piensa así no tiene en claro la tarea de un verdadero comisario.

La primera acepción de la palabra "comisario" en el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* es la siguiente —relacionada con el trabajo en museos—: "Persona que tiene poder y facultad de otra para ejecutar alguna orden o entender en algún negocio". Según este concepto, el que es designado comisario de una exposición lleva la responsabilidad institucional de vigilar el traslado de obras, desde que salen de su lugar de origen hasta el sitio donde se exhibirán. El trajín no termina ahí —puede decirse que apenas empieza—. También tiene el deber de conocer de manera precisa en qué lugar y cómo se mostrarán las piezas, pues se sabe que es precisamente en la ex-



Embalaje diseñado en 1993 por el personal del Museo Nacional del Virreinato para el traslado de colecciones del INAH a Europalia

hibición donde, en muchas ocasiones, no se toman en cuenta las estipulaciones que de antemano se han señalado para el montaje —como ocurrió en la experiencia que mencioné líneas arriba—. Asimismo, hay que revisar el espacio, la temperatura, la luz y todos los requerimientos de acuerdo con los materiales y factura de cada obra.

Así como he compartido en estas páginas las pocas anécdotas que al respecto he tenido, quisiera mencionar algunas consideraciones que, pienso, han de tomarse en cuenta antes de salir a un viaje comisarial:

- En primer lugar, nunca hay que olvidar que el comisario lleva la representación de la institución, por lo que debe asumir el trabajo con responsabilidad y firmeza; en este sentido, hay que saber actuar ante cualquier situación imprevista, sea durante el traslado o al llegar al destino.

- Es necesario conocer las características de las piezas a trasladar: técnicas, materiales, dimensiones y, muy importante, los requerimientos para su exhibición. Al tener claro lo anterior, el comisario debe asumir su trabajo

desde el embalaje, proceso en el que es responsable de observar cómo están hechos los empaques y cómo se han colocado las obras en el interior de las cajas, para que, al abrirlas, sus contenidos no sufran deterioro alguno.

- Si se viaja al extranjero hay que contar con los documentos personales necesarios, como pasaporte y visa, y a la vez conocer y revisar la papelería oficial que se manejará, como las pólizas de los seguros y los inventarios de las colecciones que se trasladan, entre otros.

- Es aconsejable saber otro idioma, especialmente si en el país de la muestra no se habla el castellano, pues, como ya se vio, siempre surgen imprevistos que han de solucionarse en el momento. No hay que perder de vista que la óptima comunicación es indispensable en cada uno de los trámites a cubrir.

- Es imprescindible tener una cámara fotográfica, ya que en ocasiones puede haber contratiempos en el embalaje, traslado y desembalaje de las piezas —el registro en imagen permite levantar el testimonio de su estado de conservación a lo largo de esos tres procesos—; conviene, a su vez, fotografiar las condiciones en que se exhibirá la colección.

- Siempre hay que llevar dinero personal, independientemente de que se reciban viáticos en el lugar de la exposición. Si la sede es en el extranjero, hay que llevar dólares en efectivo para cambiarlos al momento del arribo.

Varias personas que hemos compartido la labor comisarial pensamos en la conveniencia de formular un sencillo manual que permita conocer en lo posible las medidas que requiere tomar todo aquel que desempeñará tan importante tarea. ¿Cuáles deben ser el comportamiento y la actitud personal ante una emergencia o situación imprevista al acompañar a las piezas para una exposición? Si tú, amable lector, has sido comisario alguna vez, envíanos tus sugerencias para enriquecer nuestra propuesta ❖

* Historiadora, DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS/GACETA DE MUSEOS